
PLURIDISCIPLINA Y CAMBIOS COSMOVISIONALES

MARCEL CANO SOLER

La parcelación del conocimiento generada gracias al paradigma analítico posibilitó un avance espectacular de la ciencia. Dicho progreso científico, que más bien deberíamos llamar tecnocientífico, ha sido favorecido esencialmente por el incremento de la especialización. De esta manera podemos penetrar en los más pequeños recovecos de la materia, conocer el funcionamiento de partes esenciales de nuestra biología o generar artefactos cada vez más complejos.

Así pues, es indudable que la especialización resulta una estrategia efectiva a la hora de incrementar el conocimiento y generar efectos y artefactos. No obstante, también está sujeta a diferentes críticas. La primera de ellas radica en el hecho de que ya no es útil cuando deja de ser una metodología adecuada para convertirse en una alternativa ontológica. No es lo mismo considerar la realidad como una estructura abordable únicamente desde la parcelación, que utilizar la especialización como método adecuado de conocimiento. Cuando ocurre lo primero, es decir, cuando lo que es un simple método se transforma en una manera de entender la realidad, entonces estamos ante algo de mayor calado. Dicho paso no es atribuible a un defecto en la forma del conocimiento, como tampoco podemos decir que sea imputable a los científicos, ni tampoco una tendencia inherente al paradigma analítico sin más. Lo que sucede debemos buscarlo en un nivel más profundo: la transformación de la especialización en una opción ontológica es una consecuencia directa de nuestra cosmovisión.

El surgimiento del mundo moderno trajo consigo una nueva forma de ver el mundo que debía ajustarse a los cambios sociales, económicos, políticos y epistemológicos que experimentaban las sociedades occidentales. Entre otras transformaciones importantes, la interacción entre las estructuras económicas y las nuevas formas de abordar el conocimiento generaron el paradigma tecnocientífico. A partir de ese momento, conocimiento y modos de producción establecerían una estrecha unión. Las

viejas formas de conocimiento, las sabidurías tradicionales, lo mágico y misterioso desaparecieron para dejar paso a una potente razón instrumental. Dicha razón instrumental es la que, en el fondo, está detrás tanto de la especialización del conocimiento como de las nuevas formas de organización del trabajo y de las nuevas instituciones sociales (desde la escuela al hospital, pasando por el cuartel y la prisión, hasta llegar a la fábrica).

La comparación, en términos absolutos, entre cosmovisiones y las sociedades en las que éstas se reproducen resulta siempre tener poco sentido. En primer lugar, porque los mismos parámetros que sirven para realizar la comparación pertenecen a una u otra cultura, con lo que el establecimiento de dichos ítems deviene complejo cuando se quiere buscar alguna pauta objetiva. Aun así, no es imposible ya que siempre podemos buscar comparaciones relativas, es decir, comparaciones que pretendan medir elementos concretos entre diferentes culturas. Si se hace de esta manera, resulta evidente que de todas las culturas habidas hasta la fecha en el planeta, la cultura occidental es la que ha puesto un mayor énfasis en el desarrollo tecnológico. Al ser la tecnología una necesidad para toda sociedad humana, no es por casualidad que la modernidad occidental haya realizado tal despliegue tecnocientífico. El motivo es que para ella resulta una necesidad fundamental que está en consonancia, al mismo tiempo, con sus estructuras económicas y sus fundamentos epistemológicos. Así podemos comprender el nexo cosmovisional existente entre procesos aparentemente tan alejados como la especialización del conocimiento, la división del trabajo o la burocratización de los procesos políticos y sociales.

Siguiendo la misma idea expuesta más arriba, no podemos establecer una crítica absoluta a estos tipos de procesos, ni siquiera desde nuestra misma cultura, sin caer en simplificaciones demasiado reduccionistas. El desarrollo de la tecnociencia ha aportado, como decíamos al principio, un poderoso instrumento para incrementar el conocimiento y el bienestar humanos. Al mismo tiempo ha permitido la aparición de los peores peligros para la humanidad jamás generados por cultura alguna.

Sin necesidad de hablar de los grandes problemas derivados de esta potente conjunción entre la estructura económica y tecnociencia, podemos encontrar ámbitos más cercanos a la vida cotidiana en los que se hacen visibles las limitaciones del paradigma analítico. Mencionaré dos de ellos, el último inscrito en el terreno más personal y vinculado con el desarrollo de mi trabajo, tal como se demanda en la pregunta realizada.

El primer ejemplo lo tenemos en la medicina. Los avances en este terreno se deben, sin lugar a dudas, al desarrollo de la especialización del conocimiento y a su parcelación en diferentes áreas cada vez más específicas. De esta manera, hemos observado como, a lo largo de los años, se ha incrementado el alcance curativo de la medicina occidental. A pesar de ello, al mismo tiempo y no en pocos casos, ésta ha avanzado a costa de

perder de vista buena parte otros elementos no menos necesarios para la salud humana. Si consideramos que la salud no es meramente la ausencia de enfermedad, y que se trata de un estado integrado por diferentes variables complejas que unen lo emocional, lo social y lo físico, entonces queda claro que no podemos decir que *curar* consiste únicamente en aliviar la enfermedad. Un ejemplo real de esto se encuentra a menudo en el tratamiento de enfermedades graves, por ejemplo el cáncer. Muchas veces los pacientes son sometidos, con el indiscutible y loable fin de curar su enfermedad, a procedimientos médicos duros y dolorosos. Si el paciente es tratado no como *una persona*, sino como *un cáncer*, se pierde la perspectiva global y holística que hace que un ser humano sea algo más que un mero organismo biológico. Con esto no quiero decir que el médico especialista sea un ser cruel y amoral, ni mucho menos. Pero el hecho, demasiado frecuente, de observar al paciente como una enfermedad que curar y no como una persona íntegra, genera procesos deshumanizadores que, paradójicamente, curan el cuerpo pero perjudican emocionalmente. La aparición en los años noventa de la psico-oncología o oncología psicosocial responde precisamente a la necesidad de integrar, en la cura del cáncer, las diferentes esferas que integran al paciente, desde lo social a lo afectivo.

La insuficiencia de la perspectiva analítica, sin dejar de reconocer su valor metodológico, se hace patente cuando nos encontramos ante la necesidad de integrar aquellos aspectos que van más allá del necesario reduccionismo analítico. Dicho reduccionismo muestra sus limitaciones cuando, como ya hemos apuntado más arriba, deja de ser metodológico para convertirse en una manera de ver la realidad. Esta insuficiencia nos lleva directamente hacia el reconocimiento de que, cuando no queremos limitarnos exclusivamente al análisis de aspectos concretos sino que queremos abordar la complejidad, debemos integrar diferentes perspectivas desde la multidisciplinariedad.

Podemos ahora ir hacia el segundo de los ejemplos que deseo presentar, el de mi trabajo personal. Mi formación filosófica y mi temprano interés por cuestiones relacionadas con la biología y la ecología, me empujaron inevitablemente hacia la bioética y la reflexión sobre la sostenibilidad y la ecoética. Tales ámbitos de trabajo me obligaron a formarme en terrenos ajenos a los de mi carrera universitaria, con el fin de poder acercarme a tales disciplinas con un mínimo de garantías intelectuales. No obstante, pronto se hizo evidente que, más allá de mi precaria formación autodidacta, el verdadero enriquecimiento procedía del contacto directo con especialistas de otras disciplinas. Mi encuentro con ingenieros, biólogos, sociólogos y economistas, entre otros científicos, no sólo enriqueció mi formación, sino que me permitió poner en marcha programas docentes, publicaciones e investigaciones multidisciplinarias. Resulta del todo evidente que sin la

posibilidad de trabajar desde la pluridisciplinariedad, mi trabajo hubiera resultado considerablemente más pobre y limitado.

Por otro lado, el incremento de la complejidad de los problemas que atenazan nuestro momento histórico hace cada día más evidente la necesidad de trabajar desde la pluridisciplina. Resulta hoy innegable que existe un nexo profundo y complejo entre economía, tecnociencia, ecología, cultura, política ... de tal manera que, si queremos enfrentarnos de manera efectiva a tales problemas, los especialistas de las diferentes disciplinas están obligados a colaborar. Cuando el trabajo pluridisciplinar es efectivo y está bien integrado, desaparece el riesgo de difuminación y superficialidad del que a menudo se le acusa.

Para finalizar, recogiendo lo que decíamos al principio, podemos afirmar que esta nueva y necesaria manera de acercarse a la realidad esconde también una nueva forma de ver el mundo, una nueva cosmovisión. Los primeros pasos hacia dicho cambio de perspectiva ya se están dando y, aunque resulta imposible hacer predicciones cuando se trata de cambios cosmovisionales, lo cierto es que ya no podemos volver atrás.